

Premio Azorín de Novela 2020

Mónica
Carrillo
La vida
desnuda



Mónica Carrillo



La vida desnuda

Premio Azorín de Novela 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mónica Carrillo, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2020
Depósito legal: B. 5.515-2020
ISBN 978-84-08-22712-0
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

VIDA 1

La culpa me pesa desde el día en que maté a mi abuelo. Llevaba más de un año postrado en una cama tras sufrir un ictus que le había dejado medio cuerpo paralizado. La hemiplejía había relegado la vida del yayo Fermín a una habitación, donde su único entretenimiento era mirar el techo y las paredes recubiertas de gotelé, en las que imaginaba siluetas y rostros de otras vidas que pudieron ser.

Aquel día su cuerpo dijo basta. Esa fue la versión oficial del equipo médico que lo atendió durante todo el proceso degenerativo, aunque yo, y nadie más que yo, sabía la verdad. Aquel 15 de septiembre de 1995 su nieta Gala cortó el fino hilo que sujetaba a Fermín a la vida.

Para entonces mi abuelo ya no era mi abuelo. Ya no hablaba y apenas nos reconocía. Con suerte algunos días, sobre todo a primera hora de la mañana, lograba abrir los ojos y sonreírnos con la mirada. Al menos eso interpretaba yo, o eso quería entender de sus escasos gestos. En algunas ocasiones, mientras le acariciaba el entrecejo para que lo relajara, me apretaba suavemente

la otra mano. Como diciendo: «Aquí estoy. Te siento y te agradezco la compañía y tus caricias. Sigo vivo, Gala».

Fermín fue muchas cosas, pero en el carné de identidad se podía leer que su profesión era la de practicante. Nos ponía las inyecciones con una destreza que no he vuelto a ver en nadie tantos años después. El abuelo hervía el material en una cazuela para esterilizarlo y lo reutilizaba luego en cada una de las nalgas que se le ponían a tiro. Aquella diminuta sala de tortura tenía un olor muy particular. Una mezcla de alcohol, medicamentos y miedo. Porque el abuelo sería muy diestro y atinado en lo suyo, pero eso no impedía que mi hermano y yo tembláramos cada vez que nos tenía que pinchar el antibiótico con aquella aguja cargada por el mismo diablo.

Fermín el Agujas, el Espadachín, el Lanzaflechas: al abuelo le acompañaban muchos mote en el pueblo. Mi favorito era el de Azotaculos. Y era cierto. El ritual siempre se repetía: cogía una gasa y la empapaba en alcohol, te daba unos golpecitos en el glúteo y te hincaba la aguja sin piedad hasta descargar todo el contenido de la inyección. Una vez que el émbolo tocaba el extremo, el abuelo repetía las mismas palabras: «Bueno, pues ya está. ¿Has visto como no ha sido para tanto? Miedica, que eres una miedica». Y se reía.

Los días previos a su muerte, su salud había empeorado mucho y los mayores —como mi hermano y yo llamábamos a los adultos en aquellos tiempos— decidieron ingresarlo de nuevo en el hospital.

Ya no salió de allí con vida. Lo intubaron, oxígeno, suero, sondas...

Aquel sí que ya no fue mi abuelo nunca más. Mi recuerdo de aquella nueva habitación era aún peor que el que conservaba de su casa. En el hospital compartía el reducido espacio con otro paciente, un hombre con una enfermedad terminal a quien, como a Fermín, le quedaba un resuello de vida.

Fueron cuatro o cinco días de internamiento en los que apenas pudieron hacer nada por él. «Se trastornó anoche», dijeron mis padres a la tía Julia. Con ocho años, yo no era capaz de saber a qué se referían exactamente. ¿Qué tipo de trastorno tendría el abuelo? ¿Acaso era posible empeorar más? Yo lo miraba y veía las llagas de las caderas en carne viva, las extremidades retorcidas y la inapreciable masa muscular, fruto de la apisonadora del tiempo que juega en contra. A mi mente inocente e infantil le parecía imposible que hubiera algo peor que aquello. Pero lo hubo.

Hay veces en las que, por muy luminoso que se haya despertado el día, en nuestra casa anochece pronto. Aquel iba a ser uno de esos días.

Veinticinco años después de ese 15 de septiembre de 1995 recibí una llamada que me transportó en el acto a aquel momento: a la noche en que le quité la vida a mi abuelo.

VIDA 2

Existen personas a las que sabes que no podrás olvidar en toda la vida, pero llega un día en el que dejas de quererlas.

No fue mi caso. Nunca llegó ese día. El tiempo solo curó las heridas que ya no importaban, lo intrascendente, lo que era ajeno a mis sentimientos. Prácticamente nada.

Fuera llovía. Era una de esas tardes en las que está justificado enfundarse el pijama y arroparse con la manta sin salir de casa, y justo eso había decidido. Estaba dibujando ensimismada en mis bocetos cuando sonó el teléfono. Sin saber por qué, me inquietó. «Qué raro —pensé—, si ya nadie me llama al fijo.» Fue un mal presagio, aunque al segundo siguiente lo estaba achacando a alguna operadora telefónica dispuesta a tentarme con una oferta. Me equivocaba.

—¿Sí?

—Hola, preguntaba por Gala.

Era la voz de un chico joven. Tenía un timbre agradable.

—Sí, soy yo.

—¡Hermanita! Soy Mauro. Perdona, no te había reconocido.

Me quedé bloqueada, aturdida, paralizada. Mi hermano nunca me había llamado al fijo, no sabía a qué venía aquello. Otra vez el mismo presentimiento.

—¡Vaya sorpresa! —acerté a decir al fin—. Yo tampoco te había reconocido. Qué raro que me llames a este teléfono.

—Tienes el móvil apagado.

Lo miré: sin batería.

—¿Va todo bien? —pregunté, directa al grano.

—Bien... Bueno, más o menos. Te llamo por papá. Me ha pedido que lo haga.

—¿Qué le ocurre? —me apresuré a preguntar.

—No, tranquila, él está como siempre, Gala. Es la abuela...

Mi corazón se agitó con violencia y sentí que me mareaba y me fallaban las piernas. Me acerqué con el inalámbrico al sofá donde un momento antes disfrutaba plácidamente de la entrada del otoño y me senté despacio.

—¿Qué ha ocurrido, Mauro? No me asustes.

—Bueno, el diagnóstico es complejo, pero por la evolución de las últimas horas, creo que no hay mucho margen de mejora. Gala, la vida de la abuela se apaga y hemos creído que deberías saberlo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está la abuela?

Lancé la pregunta con un grito seco, desesperado, mientras un intenso dolor se instalaba en mi garganta y me comprimía las cuerdas vocales, impidiéndome articular correctamente las palabras. La voz me tem-

blaba al compás de las manos, que de repente se tornaron frías como el cristal que tenía delante. Esa ventana a través de la cual había contemplado el paso de las horas, vacías de todo salvo de recuerdos.

—Está en el Hospital del Norte. Hemos preferido que la ingresen aquí porque así puedo tratarla yo mismo. Ahora estoy de guardia —añadió mientras yo pensaba si sería más rápido el puente aéreo o un AVE a Madrid.

VIDA 3

Me dejé caer a plomo en el asiento: coche 11 del AVE Sants-Atocha, ventanilla.

Había llegado por los pelos después de una carrera hacia el control de seguridad, de un traspié que me lanzó de bruces contra el suelo camino de los andenes y de un esprint final con la mochila para viajes relámpago a la espalda, mientras el último revisor gritaba: «¡En un minuto cerramos puertas!». El doble pitido de aviso me pilló en el aire, literalmente, saltando para salvar los escalones y no quedarme en tierra.

No podía creerme lo que habían dado de sí los últimos cinco minutos.

Por lo general, el tiempo, y en muchas ocasiones también la vida, me pasa por encima. Las horas transcurren lentas y rápidas a la vez. Y yo continuo impertérrita, haciendo caso omiso al devenir de las rutinas.

Siempre ha sido así. Desde niña he tenido una enorme facilidad para quedarme embobada observando el aleteo de una mosca, la laboriosa tarea de una hormiga que carga con una pipa o las mil y una imágenes distintas que adivino en el suelo de mármol en casa de mis padres.

—Gala, ¿qué haces? —me preguntaba más de una vez mi padre desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—Estoy en mi trono, que para algo soy una princesa —le respondí ufana en una ocasión.

—¿Todavía seguís ahí, alteza? Se os van a dormir las piernas. —Mi padre siempre fue muy rápido en las respuestas.

—Mejor. Si se me duermen, quizá sueñen con algo bonito —le contesté igual de deprisa.

Nos encantaba hacer eso. Era como jugar un partido de tenis que se va convirtiendo en otro de *ping-pong*; cada vez las respuestas más veloces y el ritmo más endiablado. Escuché la risa de mi padre desde el otro lado, pero ya no dijo nada. Esperó a que se abriese la puerta para espetarme a bocajarro:

—¿Y bien? ¿Con quién han soñado esas piernas dormilonas?

—Han tenido un sueño tórrido con otras piernas estilizadas mientras fantaseaban con enfundarse en unos pantalones pitillo de cuero.

—*Touché*. —Mi padre se inclinó haciéndome una reverencia—. Habéis ganado la batalla dialéctica, princesa —dijo mientras yo sonreía satisfecha—, pero cerrad la puerta del inodoro para que no se escape el búfalo, porque visto el hedor que sale de ahí dentro, se lo han traído aquí para el curtido.

La réplica borró de un plumazo mi orgullosa sonrisa de niñata y me volvió a confirmar que era imposible rebatirle sin que saliera victorioso del envite.